

Regreso al estercolero

Acabo de regresar de Finlandia.

Ha sido para mí un gran honor participar en el Congreso-Festival de Joensuu; organizado por la Universidad de Carelia de aquella ciudad, con motivo del 75 Aniversario de la Independencia Finlandesa.

Un pequeño pueblo, con poco más de cinco millones de habitantes, aunque dispersos, eso sí, en inmensas extensiones de terrenos llanos, en los que destacan los lagos melancólicos e interminables, y los bosques no menos inmensos de abedules y abetos.

Pero un gran pueblo el finlandés. Porque Suomi, Finlandia en finés, que apenas parecía existir hace sólo un siglo, es hoy un país próspero, respetado y restituido plenamente en su ser cultural propio.

Naturalmente que este triunfo histórico no ha sido fruto del azar. Como bien dice el Profesor Boulton Smith, felólogo británico de la Universidad de Londres, "el motor de ese renacimiento fue, a lo largo del siglo pasado, la aspiración creciente a una identidad nacional; y a la independencia, en definitiva. Este proyecto implicaba una lengua nacional en que plasmar y comunicar esa identidad específica".

Todo el pueblo finlandés se movilizó tras ese logro durante varias generaciones.

Junto a mi cama, ya en Joensuu, el voluminoso libro titulado "Word Perfect" y editado recientemente en finés, ilustra claramente la superación de las dependencias culturales y políticas que lamentaba Ganivet hace ahora cien años. El finés posee hoy en Finlandia las mismas funciones que el sueco en Suecia, o el neerlandés en Flandes.

Pero no sólo Finlandia despierta en nosotros (en los abertzales sólo, claro) una envidia mezclada de admiración. También la vecina y pariente Estonia, con una población global que apenas sobrepasa los dos tercios de la nuestra, y que ha permanecido aplastada durante 50 años por el imperialismo ruso-soviético, levanta cabeza a ojos vista. No hablaré de aspectos económicos que conozco mal. Pero en el terreno socio-lingüístico y político, que conozco mejor, los síntomas son inequívocos.

Aparte de otros extremos, que he ido desbrozando en artículos anteriores, el Gobierno de Tallinn acaba de decidir que, a partir de 1993, toda la enseñanza universitaria de Estonia se hará íntegramente en estonio; para lo cual todos los estudiantes no-estonio-parlantes recibirán, a la entrada en la Universidad, un cursillo intensivo de lengua nacional, para poder seguir los cursos con el aprovechamiento deseable. Se han terminado allí los bilingüismos, las paparruchas, y los Buesoff de turno. Aquello es Estonia. Punto. (Añadamos, de paso, que para obtener la ciudadanía estonia habrá que pasar un examen de conocimiento de la lengua nacional).

¿Cómo no sentir tristeza, cómo no sentir irritación, vergüenza, indignación, al recordar a Barberá, a Recalde, a Buesa? ¿Cómo no sonrojarse al oír las folklóricas e incomprensibles "explicaciones" (?) que se nos dan en el avión "en euskera" (?) a los pacientes viajeros-euskaldunes, aún caldeados por el ejemplo de Finlandia?

Algunos proclaman sin rubor no sentir ningún complejo de inferioridad ante estos pueblos (Estonia, Croacia, Le-

tonia, Eslovenia, etc.); que han conseguido su independencia delante de nuestras narices, y reorganizan sus existencias nacionales como mejor les parece, mientras nosotros nos arrastramos entre humildes y mezquinos tras cuatro migajas. Arzalluz "no siente envidia", evidentemente. Yo sí, enorme: en Maribor, en Riga, en Helsinki. También allí se conocen los frutos amargos del imperialismo extranjero. Pero los patriotas están a la altura de los problemas.

Aquí ha habido que reunir 200.000 firmas (que a nivel francés, por ejemplo, serían la friolera de 3 millones) para pedir humildemente, y en vano, la dimisión de Buesa, anti-vasco visceral, analfabeto, en cuyas manos han dejado la enseñanza en lengua nacional los traidores del PNV. Ardanza, triste sucedáneo de los corregidores de antaño, sigue haciendo oídos sordos, sin embargo. Y Buesa sigue ahí. Y yo me niego a hablar de otros temas mientras ese escándalo fundamental, y otros, sigan sin solucionarse. ¿Qué podrían opinar de esta ignominia nacional un finlandés o un estonio? Los cipayos de Arzalluz nos han metido en ese atolladero, con la ikurriña por delante. He ahí lo que no hay que olvidar: el PNV ha puesto al enemigo en el corazón mismo de la nación.

Porque me parece evidente (y quienes me conocen saben que cualquier lectura cripto-garaikoeixista es errónea) que es incomprensible (en lógica vasca, evidentemente) que Ardanza quite a Oliveri, euskaltzale de prestigio bien ganado en los años franquistas, para colocar en su lugar a un mequetrefe inculco, de dimensión única conocida... su odio a la lengua vasca (!!). El PNV nos

ha lanzado gargajos pegajosos a la cara, y encima no tolera críticas...

Pero la ignominia no acaba ahí. ¿Qué pasa con el diario euskaldun "Egunkaria"? ¿En nombre de qué principios inconfesables pueden seguir oponiéndose al mismo los amigos de Tutcha (con "ch", sí, por favor)? ¿También Martín Ugalde es otro cripto-albanés? ¿Qué pasa con esa quinta columna anti-vasca de ETB-2? ¿Qué pasó hace unos meses con la Ley Corcuera, a la que no se opuso el PNV? ¿Por qué ese desprecio y esa animadversión hacia los huelguistas del hambre? ¿También las madres de Arantzazu, inermes e impotentes, son gentuza sedienta de sangre? ¿Quién regaló la alcaldía de San Sebastián al PSOE, sino el PNV, con la ayuda del propio PSOE y del PP?

Demasiado porquería, señores. Demasiado oportunismo barato, sólo explicable por la obsesión anti-Garaikoeixea del renegado Arzalluz. Demasiada desvergüenza, demasiado gansterismo político, demasiado peseterismo, demasiado dinero dilapidado al servicio de una banda de desaprensivos. Demasiado lupanar político para tan pocos kilómetros cuadrados. Demasiado escarnio, que tantos sacrificios sean aniquilados por un grupúsculo de traidores.

Ya sé. Ya me ha llegado la onda. Hay algún *ex-amigo* personal (y yo no he cambiado de lo fundamental), hoy alto dirigente del PNV, que anda diciendo por ahí que "tiene ganas de decirme cuatro cosas" ante mis repetidas tomas de posición.

Le voy a ahorrar ese trabajo. Yo ya no tengo ningún amigo en el aparato dirigente del PNV, de lo cual me enor-

gullezco; ni tengo amigo ni amiguito alguno en ningún aparato autonómico. Y no tengo por qué soportar la menor observación de nadie de los que se han vendido. Por la sencilla razón de que, por debajo de ciertos niveles de *decentia mínima*, no acostumbro a tener ni amistades ni relaciones. El cáncer se contagia por contacto; y esto explica varias de mis conocidas constantes políticas, en las que espero no cambiar. No quiero saber nada de esa gente; hayan sido amigos, o no. Que mi amistad, recíprocamente, no les interese, me honra.

Naturalmente que Lorenzo Espinosa me replicará, con razón, que la traición del PNV (que no es un partido abertzale, repito una vez más) no es de hoy; y que esta actitud mía hubiera sido igualmente defendible hace muchos años. Yo conocí a Telesforo; y creí que no estaría solo. Telesforo murió hace años; y está claro que era un abertzale bastante solo. Hoy, evidentemente, el PNV no representa "el nacionalismo histórico", sino el *carlismo puro y duro*.

El miriápodo de Azkoitia (puesto que todavía conserva dos manos, y no ha habido milagro de Lurdes en Artia) puede estar satisfecho: en 15 años ha podrido la política vasca y sembrado la amoralidad absoluta como principio de acción.

En un pueblo que necesita creer en su futuro, esa desfachatez sistemática es peor que el fascismo extranjero.

Es triste haber conocido un día a un jesuita arrepentido que pronto había de convertirse en el hombre político más abyecto y nefasto del mundo político vasco de lo que va de siglo.

Las cosas quedan claras, por lo que a mí respecta.

(* Escritor y lingüista)

hemeroteca

Aborto y garantías

(Editorial «El País»,
24/VI/1992)

Desde que se hicieron evidentes los problemas humanos, médicos y legales que lastran la legislación parcialmente despenalizadora del aborto, el Gobierno baraja tres hipótesis para su reforma: dejar las cosas prácticamente como están, con algunos retoques tendentes a reforzar la seguridad jurídica de mujeres y médicos; añadir el llamado su puesto socioeconómico a los

tres supuestos despenalizadores actuales —riesgo para la salud de la madre, malformaciones del feto y violación—, u optar claramente por una ley de plazos, que dejaría la decisión y la responsabilidad del aborto en manos de la mujer.

De acuerdo con los últimos datos conocidos de la evolución del debate, el Gobierno parece inclinarse, con algunas cautelas, por el establecimiento del sistema de plazos que permitiría la interrupción voluntaria del embarazo en las 12 o 14 primeras semanas de

gestación. (...) Sobre las fuerzas políticas representativas recae la responsabilidad de dar una respuesta legislativa adecuada que, de un lado, dejaría incluíme la esfera de las convicciones ideológicas, éticas y religiosas de cada cual y, de otro, liberaría a las mujeres que deciden abortar del acoso militante de las asociaciones antiabortistas, del boicoteo antiprofesional de los órganos corporativos de la clase médica y de la apenas disimulada animadversión de algunos jueces. (...)



(Mingote en «ABC»)